

A continuación, ofrecemos como material extra (optativo), la primera parte del libro “Elección de carrera” que podemos tomar como excelente comentario a las reglas de hacer elección de San Ignacio.

En la segunda parte, también excelente, el p. Hurtado hace referencia directamente al sacerdocio, por eso la hemos obviado aquí¹.

ELECCIÓN DE CARRERA

1. ELIGE BIEN	1
2. ¡SEÑOR! ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?	2
¡Señor!, ¿qué quieres que haga?	2
Dios me ha dado una vocación para algo, ¿para qué?	5
3. ¿CÓMO CONOCER MI CAMINO?	7
4. LA PRIMERA NORMA DE ELECCIÓN	8
5. ¿QUÉ ES LO MEJOR PARA MÍ?	10
6. ¿A QUÉ TE INCLINAS?	12
7. SI AÚN NO VES CLARO, ¡REFLEXIONA!	16

1. ELIGE BIEN

La elección de carrera es el más importante problema que tiene que abordar un joven. Con razón se afirma que todo el porvenir de un hombre depende de dos o tres sí, dos o tres no que da un joven entre los quince y los veinte años.

La mayor parte de los jóvenes, por desgracia, no enfocan seriamente este problema, o al menos no lo toman desde el punto de vista cristiano. Muchos se deciden a ser ingenieros, o médicos, porque les gusta más, o porque estas carreras dan más dinero. Escogen leyes o comercio porque son más fáciles y les dejan más tiempo. Siguen las carreras industriales porque se ven menos concurridas todavía y tienen más porvenir económico. Del mismo modo, después, se casaran porque sí, porque les gusta, porque tienen gana. El gusto, la gana, el porvenir económico, son de ordinario los factores decisivos. Pero, ¿hay acaso otros elementos que tomar en consideración?, se preguntarán sorprendidos quienes hayan tomado este libro entre sus manos. Sí. Hay otro punto de vista que es el fundamental para un cristiano: la voluntad de Dios sobre mí.

Los padres de familia y los amigos rara vez ofrecen una verdadera ayuda, pues ellos tampoco eligieron de otra manera. Sus consejos insistirán de ordinario en

¹ Para descargar el libro completo:

<https://verbo.vozcatolica.com/wp-content/uploads/2021/03/ELECCION-DE-CARRERA.pdf>

los mismos aspectos en que se habían fijado ya los jóvenes: interés económico, porvenir, brillo, posibilidades en la vida social de su ambiente. Y así se va formando un criterio que prescinde con toda naturalidad de Dios; más aún, que se extrañaría profundamente que una consideración sobrenatural pretendiera intervenir en un asunto aparentemente tan humano.

Y, sin embargo, de una buena elección de carrera, hecha con criterio sobrenatural, dependerá en gran parte la felicidad o desgracia de la vida. La paz de la conciencia, la alegría de corazón; o bien turbaciones, tristezas, desfallecimientos, serán el premio o el castigo de una elección bien o mal hecha.

Muchos son los que se lamentan amargamente por estar donde no deben. Malhumorados, neurasténicos o neuróticos, reniegan de su ligereza imperdonable. Quisieran volver atrás... pero muchas veces es tarde y no pueden recomenzar el camino.

La eternidad misma está comprometida en este problema de una buena elección de vida. La eternidad depende de la muerte... la muerte de la vida... la vida misma depende, en cuanta parte de la carrera. Se sigue, pues, de cuán capital importancia sea considerar maduramente delante de Dios el estado que deba seguir.

Juan Enrique Newman, puesto en una de las encrucijadas más trascendentes de su vida, escribió este hermoso pensamiento: *«Guíame, luz bondadosa. No te pido que me ilumines toda la senda, pero ilumíname paso a paso. Tú sabes, Señor, que nunca he pecado contra la luz»*. Pecar contra la luz es negarse a seguir el destello de su propia conciencia que muestra a cada cual su camino en la vida.

Joven que estás abocado al problema de elegir: no peques contra la luz. Pídele a Dios esa luz, deséala; y alcanzada sigue tras ella, como los Magos siguieron la estrella que los llevó hasta Jesús en el portal de Belén.

2. ¡SEÑOR! ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?

Esta pregunta, que hizo Saulo a Cristo, tan pronto reconoce que no es el falsario a quien él perseguía, sino su Señor y su Dios es el interrogante que habría de estar también en la mente de quien pretende resolver como cristiano el camino de su vida.

¡Señor!, ¿qué quieres que haga?

La luz divina nos es necesaria para conocer nuestro camino, ya que ese camino nos ha sido señalado por el mismo Dios. El ha dado un fin y una misión bien precisa a todos los seres que ha creado. Los astros inmensos que cruzan el

firmamento, no menos que los animales que pueblan las selvas y hasta el microbio invisible a los ojos humanos, tienen una misión que cumplir. El pájaro no ha sido hecho para sumergirse en el mar, como el pez no está llamado a vivir fuera del agua. Más aún, cada astro en particular, cada animal, cada insecto, cada planta, tiene su propia finalidad.

¿Escapará únicamente el hombre a esta ley general del universo? ¿Será el rey de la creación el único que no tenga una misión propia que realizar? Tal hipótesis es absurda. ¿Cómo va Dios a desinteresarse del hombre a quien, además de criatura, llama su hijo? «*Hijitos míos*», dijo Cristo a los suyos, en la última Cena, y para alentarnos a tomar en serio este título nos enseñó a dirigirnos a Dios con el hermoso título de «*Padre nuestro*». Toda la revelación cristiana está llena de esta hermosa idea: somos hijos de Dios por la gracia, hijos muy amados, de cuya suerte se preocupa en forma especialísima.

Una muestra de este interés particular de Dios por el hombre, es que no se contenta con señalarle un camino general en la vida, sino que invita a cada hombre en particular a realizar una misión propia. Para que cada uno de nosotros pueda cumplir este cometido, nos dota de las cualidades necesarias, nos pone en un ambiente apropiado y nos hace conocer en forma clara —Si queremos oír su voz— la confirmación precisa de su voluntad sobre nosotros.

San Alfonso de Liguori, el moralista más universalmente reputado, haciéndose eco de la tradición cristiana, tiene por cierto que, fuera del llamamiento general de Dios, que invita a todos los hombres a la salvación eterna, tiene también un llamamiento especial, en virtud del cual el Señor muestra a cada alma el camino especial que debe seguir para alcanzar el fin propuesto.

Una de las grandes conquistas de la vida cristiana consiste en comprender que Cristo se fija en cada uno de nosotros en particular, para hacernos conocer su voluntad precisa. Se detiene frente a mí frente a mí solo, y pone sus manos divinas sobre mi cabeza. Mientras nos consideramos como perdidos en una muchedumbre de fieles anónimos, mientras nos imaginamos que las palabras e invitaciones de Cristo van dirigidas a una masa de fieles, mientras mis relaciones con Cristo quedan como algo colectivo y vago, no he comprendido la paternidad divina, ni mi papel de hijo de Dios.

El gran momento de la gracia llega cuando me doy cuenta que los ojos de Cristo se fijan en mí que su mano me llama a mí en particular, que yo, yo soy el motivo de su venida a la tierra y el término de sus deseos bien precisos. Él me ha reconocido de entre la muchedumbre. No soy uno entre miles. No existe esa multitud. Hay Dios y yo, y nada más, ya que todo lo demás, mis prójimos inclusive, os he de ver en Dios.

Conocer, pues, este llamamiento especial que Dios me dirige a mí en particular, ha de ser mi gran preocupación de toda la vida, sobre todo en aquellos momentos más decisivos, como es el de la elección de carrera. La vida de un cristiano es un gran viaje que termina en el cielo. Nuestra más ardiente aspiración debe ser realizar ese itinerario, y no exponernos por nada del mundo a perder la estación de término que nos ha de llevar a la vista y al amor de Dios nuestro Padre. La estación de término es la misma para cada cristiano, pero el camino para llegar allá es diferente según los designios divinos.

La Providencia del Padre ha ordenado el mundo en forma que todas las funciones esenciales a la vida natural y sobrenatural se realicen ordenadamente. Quiere Él que algunos lo honren y sirvan labrando los campos y sacando de ellos el alimento para sus hijos. Quiere que otros defiendan los intereses de la justicia y del derecho. Como habrá enfermedades y dolores desde el pecado original llama a algunos a realizar esa inmensa función benéfica de curar los cuerpos de sus hermanos. Para hermopear esta vida pone en ciertos hombres inmensos talentos artísticos y un llamamiento especial a consagrar su vida a captar y traducir la armonía y el arte para que, contemplando estas bellezas, se eleven los hombres hasta el Creador. Es necesario multiplicar la vida humana e incita fuertemente a muchísimos hombres y a muchísimas mujeres a unirse en un abrazo de amor para prolongar en el mundo el canto de amor de la creación, engendrando hijos que conozcan y amen a Dios. La más sublime realidad que hay en este mundo es la gracia santificante, que es participación de la vida divina y se nos comunica mediante los sacramentos: en todos los tiempos y países llama Dios almas escogidas a consagrar su vida para distribuir esta gracia de engendrar, alimentar y resucitar hijos en el sentido sobrenatural de la palabra, mediante el bautismo, la eucaristía, la penitencia, y son los llamados al sacerdocio.

Auténticos llamamientos divinos hay para la defensa de la Patria, como llamó a Juana de Arce y sigue llamando a tantos que se consagran a la milicia por un fin sobrenatural, habiendo algunos llegado por ese camino a la santidad. A otros en cambio los llama a la vida de la contemplación mística, como aún en el siglo del avión y de la radio sigue llamando almas escogidísimas para dedicarse a una vida de unión constante con Él en la oración y estudio de la divina Palabra. A algunos de estos hombres los invita a ir a la soledad total y aún no hay vocaciones no escasas a la Cartuja y a la Trapa de jóvenes cultos, inteligentes que tienen como suprema aspiración hundirse en el conocimiento y amor de Dios: su labor no es pérdida para sus semejantes, pues les ayudan con su oración y con la lección vivida del valor de lo sobrenatural, por lo cual ellos sacrifican todos los bienes sensibles.

Llamamientos divinos siguen produciéndose para una vida consagrada entera al estudio y penetración de la verdad; a su difusión por la prensa; a su defensa en

el terreno de la política; otros son llamados y equiparados para una vida de acción intensa, con grandes capacidades de organización. Unos experimentan una atracción superior por la defensa del pobre, por la niñez desvalida, mientras otros reconocen un llamamiento para trabajar con los intelectuales, con los hombres de influencia. Frente a las vocaciones al matrimonio hay auténticas vocaciones al celibato en la vida religiosa, en el sacerdocio y aun en el mundo.

El dogma consolador de la divina Providencia nos asegura que Dios dispone todas las cosas suave y fuertemente para su fin. Él tiene sus caminos, y sobre cada uno de nosotros tiene su plan. Nuestra gran preocupación debería ser conocer ese plan de Dios, no sólo sobre el mundo, sino sobre mí concretamente.

Dios me ha dado una vocación para algo, ¿para qué?

Nuestra vida, decíamos, es un viaje al cielo, ¿cuál es el camino que Dios quiere que tome yo para llegar allí? Si en una estación hay multitud de trenes listos para ponerse en movimiento, ¿cuál quiere Dios que sea mi tren? ¿cual me lleva más rápido, más seguramente a una posesión más total del fin de mi vida?

Loco llamaríamos a quien llegando a la estación Central no se preocupara de averiguar cuál es el tren que lo lleva a su destino, sino que tomara atolondradamente el primero que encontrara, y mucho más aún si se empeñara en tomar uno que va en dirección diferente a la de su estación de término, sólo porque el tren es más moderno, el carro más cómodo, la compañía más agradable... Ya podemos imaginar el desenlace del infortunado pasajero: tendría que bajarse en la mitad del camino, desandar el camino recorrido, perder el tiempo, el humor y el dinero... Mientras tanto sus compañeros que han hecho el viaje en el tren que les correspondía, aunque no tan cómodo y hermoso como el suyo, van llegando felices a la estación de término, previendo un bien merecido descanso que les compensa de antemano las incomodidades del camino. En el viaje de la vida muchos van en un tren que no es el propio: es el tren de los descontentos; todos protestan, todos se quejan de todo: los esposos de sus esposas, los padres de los hijos, los hijos de los padres, los profesionales de sus clientes, los ciudadanos de su gobierno... Muchos se quejan, ¡porque entraron no en el tren que debían, sino en el que les dio la gana! Y no hay peor consejero que la gana para elegir camino en la vida.

Cuántas veces hemos presenciado el caso de hombres maduros que con lágrimas en los ojos confiesan su fracaso en la vida: tuvieron miedo a mirar de frente su camino... siguieron la política del avestruz de enterrar su cabeza en la arena para creerse libres de lo que no querían ver; pero llega fatalmente el momento en que las consecuencias de su acto los alcanzan. Nuestros actos nos siguen, es el título de una novela, que encierra en su enunciado una profunda realidad... Nuestros actos no terminan cuando creemos que han terminado: nos siguen, nos seguirán

toda la vida. No hay más que un camino para acertar: mirar varonilmente nuestros problemas de frente, sin pestañear, pedir luz a Dios para conocer la solución y fuerzas para seguir la luz, para no pecar contra la luz. Preguntar a un taurómano, ¿por qué se puede torear a un toro y nunca a una vaca? La vaca es más débil y, sin embargo, no hay torero que se atreva con ella... La respuesta es clara porque el toro, cegado por la pasión, enfurecido por las banderillas, pierde la calma y embiste brutalmente con los ojos cerrados, lo que permite al torero quitarle hábilmente el cuerpo y rematarlo; entretanto la vaca, aunque más débil, concentra su pasión, pero sin perder la calma, jamás cierra sus ojos, mira su blanco de frente y embiste con golpe temible y decisivo: ¡Oh, si nosotros para elegir hiciéramos lo mismo!; Si jamás nos dejáramos cegar por pasión ni espejismo alguno, sino que con los ojos bien abiertos, con una pasión del bien concentrado en nuestro espíritu siguiéramos por más que nos costara nuestro camino, el que Dios quiere de cada uno de nosotros! Daríamos en el blanco, y no andaríamos después en la vida como piezas que no encajan, haciendo esfuerzos violentos por encajar sin lograrlo jamás del todo.

De los males que podemos encontrar en la vida, uno de los más graves y de mayor trascendencia es la de no resolvernos a mirar con serenidad y valentía cual sea nuestro propio camino en la vida.

Un conocido escritor, el P. Remigio Vilariño, nos cuenta llanamente esta anécdota personal. *«Desde hace mucho tiempo me he preocupado de estudiar mis éxitos y fracasos en la vida y he llegado a esta clara conclusión: Cada vez que he tenido un éxito definitivo ha sido por haber seguido lo que veía claramente ser la voluntad de Dios; pero cada vez que me he apartado de ella, a pesar de éxitos aparentes de un momento, he llegado al fin a la penosa constatación de un fracaso».*

El que mire bien su camino y siga por él no escapará de las penas y miserias de la vida, ni escapará de los roces y críticas de sus prójimos: para hacerlo debería escaparse de este mundo, pero en el fondo de su espíritu habrá una inmensa paz. Sabe que está donde Dios quiere, que está haciendo la voluntad de su Padre todo poderoso y lleno de bondad que está en los cielos; sabe que Dios tomará su causa como propia, y que todo termina bien para los que aman con simplicidad la voluntad divina. Mientras a su lado desequilibrados, desesperados, llenos de amargura suspiran los más, él estará como esos robles fuertes plantados en la cumbre de los montes: los vientos servirán para sacudir su copa, limpiar sus hojas, y para hundir cada día más y más sus raíces en la tierra firme de la confianza en Dios. Bien sabe que quien en Dios confía no sufrirá penurias.

¡Joven! Lo que más ardientemente te deseo es que puedas en cada momento decir: estoy donde Dios quiere, hago su voluntad; en Él confié plenamente.

3. ¿CÓMO CONOCER MI CAMINO?

Ya conoces el plan de Dios sobre la creación: todos los seres, cada ser en particular tiene su misión propia. La misión del hombre no les es impuesta por fuerza, sino que ha sido entregada a su libertad. ¡Privilegio sublime que constituye la grandeza inconmensurable del hombre!

A tu elección se ofrecen varios caminos. Terminas tus estudios: ante ti se abre la universidad con sus múltiples carreras; el ejército y la marina; el campo, la industria, el comercio, un empleo, un sitio de obrero; la literatura y el arte. Se abren ante ti igualmente perspectivas más amplias que las carreras mismas, lo que podríamos llamar estados de vida: la vida religiosa, el sacerdocio, el matrimonio. Dentro de estas maneras de vida hay enfoques especiales que te atraerán particularmente: la política, la acción social, la contemplación artística, la vida de oración, el estudio de las Sagradas Escrituras, la Acción Católica. Sentirás quizás una fuerte atracción por la vida social; las fiestas, bailes, diversiones te seducen fuertemente... Los deportes, quizás un deporte especial, el football te atrae irresistiblemente. Todas estas sollicitaciones estarán frente a tí y otras mil más, al iniciar tu vida en forma más personal e independiente.

¿A cuál de estos caminos te ha llamado Dios? No ha dejado a tu capricho que seas lo que quieras. Tú tienes vocación para algo, ¿para qué? ¿Cuál va a ser el fin de tu vida? Para el sacerdocio, como para la marina, para el deporte, para la música, para la sociología, para la política, para la Acción Católica hay una verdadera vocación, ¿Cómo conocer la tuya?

¿Qué criterio me permitirá discernir el llamamiento divino? ¿El atractivo que en mí ejercen, el agrado, quizás la felicidad que me ofrecen? Esos criterios tan incompletos no pueden ser la norma para un ser racional y menos para un cristiano.

Nuestro criterio ha de ser de orden sobrenatural y debe ser aplicado con la ayuda de una luz sobrenatural, pero esta luz sobrenatural no se nos da ordinariamente en forma milagros, sino que viene a iluminar nuestra razón que discurre apoyándose en los principios de la fe.

El milagro es milagro porque acontece muy raras veces en la vida; no hay, pues, que esperarlo en un problema cotidiano que han de resolver todos los hombres, tanto más cuanto que el mismo Creador nos ha dejado herramientas plenamente eficaces para descubrir por vías ordinarias nuestro camino en la vida.

Con cuánta eficacia nuestro Santo Padre Pío XII al inaugurar este año la Academia Pontificia de Ciencias defendía los fueros de la inteligencia humana para alcanzar la verdad. Nuestra razón participación de la mente divina, nos da a

conocer las realidades más fundamentales en que el hombre necesita apoyarse; y todavía cuando se afirma en la revelación de Jesucristo, sus conclusiones pueden llegar a un campo inmensamente más vasto e iluminado por el sol de la verdad divina.

Todo hombre de buena voluntad que aplica con sinceridad su alma a la búsqueda de la verdad, puede estar cierto que se cumplirá en él la conocida proposición: *“Al que hace lo que está de su parte, Dios no le niega su gracia”*.

El Espíritu Santo que mora en nosotros, desde el bautismo que nos asiste con sus dones de entendimiento, ciencia, prudencia, es la mejor garantía de éxito en una elección hecha con sinceridad ante la mirada de Dios, aunque no intervenga iluminación milagrosa alguna durante toda nuestra deliberación.

4. LA PRIMERA NORMA DE ELECCIÓN

El primer principio que nos puede orientar en nuestra elección es indiscutiblemente éste: Dios me llama a aquel estado o modo de vida en el que mejor puedo servirle y en el que mejor puedo salvarme.

Dios ha creado al hombre para conocerlo, amarlo, glorificarlo y mediante este salvar su alma. Esta es la doctrina de **San Ignacio de Loyola** en la meditación básica de los ejercicios, que él llama «principio y fundamento» de toda buena elección.

“El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y mediante esto salvar su alma: y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto no ayudan para su fin; y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ella le impiden; por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido: en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida Carga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin a que somos criados”.

Esta página fundamental de los Ejercicios ha iluminado a centenares de miles, y sin exageración a millones de jóvenes «a hacerse sana y buena elección de su vida». No es una página que pueda leerse de corrido y dejarse definitivamente; es una página que ha de leerse, volverse a leer y meditar en la presencia de Dios y con la ayuda de su gracia.

Medicina, ingeniería, sacerdocio, matrimonio, milicia, política, riqueza y pobreza... todo no es en el fondo mi fin, sino un puro medio para conseguir mi fin. He de «hacerme indiferente» ante todos estos medios en forma que no oscurezcan lo único que tengo derecho a desear por sí mismo: Dios, mejor amado, mejor servido, Dios poseído eternamente en la gloria. Ante la luz y la fuerza de ese principio he de mirar tranquilamente en qué forma me ayudan o me estorban cada una de las carreras o caminos de vida que me solicitan.

Al término de mi investigación tendré certeza de que Dios me quiere en aquel camino, que hallo ser para mí el mejor medio de alcanzar mi fin lo cual supone —naturalmente— que me encuentre con los talentos, condiciones que me hacen apto para tomar aquel camino y perseverar en él.

Notemos bien y con harta insistencia que no se trata de elegir un buen camino cualquiera, sino el mejor para mí. Y acentúo estas dos palabras: «para mí» no para un ser abstracto, sino bien en concreto para mí, con todo mi equipo de inteligencia, afectividad, simpatía, cualidades y defectos, influencias o inclinaciones, con todas las posibilidades que la vida me ofrece a mí; en el momento concreto que vive ante las necesidades del mundo, de la iglesia, de la Patria, de mi localidad, de mi familia.

Es un yo bien real quien se plantea el problema, un yo de espíritu y carne (no sólo de carne y huesos), cristiano que mira el problema a la luz de su Padre Dios, con los ojos, el criterio y el corazón de Cristo. Y este yo quiere escoger un camino, no un camino que sea simplemente bueno, sino el mejor para mí.

¿Cómo voy a contentarme con que lo que elijo no sea malo, si hay mil posibilidades mejores para mí? ¿Tendré derecho a contentarme con un simple aprobado como alumno si soy capaz de grandes conquistas intelectuales? ¿Me contentaré con cultivar una cuadra de terreno si puedo cultivar mil y éstas son útiles para mí y necesarias para los demás? ¿Me contentaré con dar un buen remedio a un enfermo a quien puedo dar una medicina de eficacia inmensamente mayor?

Este criterio de «el mejor en el caso concreto» que se tiene en todo negocio importante, ha de ser el criterio bien preciso que hemos de tener en el más importante de los negocios, aquel del cual depende mi vida, y la vida de muchos otros, mi tiempo, mi felicidad, y lo que es más, mi eternidad y tal vez la eternidad de muchos otros seres, humanos míos. Estas consideraciones, por desgracia, ¡qué ajenas son a la elección de la mayoría de los jóvenes que se dicen cristianos! aun aquellos que piensan seriamente en problema de su porvenir ¿tienen el valor de afrontar toda la ruda seriedad, la viril macicez de este principio con todas sus fuertes consecuencias? Muchos de ellos al verlo claramente retroceden espantados de las consecuencias a que la lógica cristiana llevaría a muchos de

ellos: no se atreven a escalar la ascensión de la adusta mole, prefieren las soluciones fáciles de un camino llano y conocido. ¡Si supieran que la felicidad es inseparable de la verdad! ¡Si se dieran cuenta que la paz es la tranquilidad en el orden! No tengas miedo, tú joven amigo, a afrontar el problema con toda su realidad a la luz de Dios, de tu alma, de la eternidad, de los grandes valores, los únicos que pueden inspirar las grandes resoluciones.

Para un joven que pretende ser cristiano de veras, las grandes preguntas que deberá hacerse antes de elegir su camino en la vida, son las siguientes: ¿Dónde evitaré mejor el pecado? ¿Dónde me será más fácil alcanzar la perfección? ¿En qué estado ayudaré más segura, más intensa y extensamente a las almas? ¿Dónde haré una obra más duradera, más sobrenatural? ¿Dónde daré mayor gloria a Dios, dónde lograré alcanzar mayores merecimientos para la vida eterna?

Hay en nosotros varias vidas: el problema está en dar amplio cauce a la mejor, a la vida divina. Busquemos primero el Reino de Dios, lo demás vendrá por añadidura, y no hagamos al revés: pensar antes que todo en la añadidura, y esperar que Dios habrá de ser lo bastante bueno, para no privarnos de su Reino, a pesar de nuestra ruindad. La masa de los jóvenes seguirá siendo terrena y carnal, pero ¡oh Señor, haced que los que han recibido más luz, no pequen contra la luz!

5. ¿QUÉ ES LO MEJOR PARA MÍ?

El principio está claro, pero ¿cómo conocer cuál es en concreto mi mejor camino?

La respuesta a veces se ofrece con luz meridiana, como se ofreció a Pablo en el camino a Damasco, a Mateo y a todos los Apóstoles que tuvieron la suerte de oír la inconfundible voz del Maestro que les señalaba claramente cuál era su voluntad. Así también en forma inconfundible algunas almas ven con claridad meridiana su ruta en la vida, como el camino querido por Dios. Ni la sombra de un titubeo: saben lo que el Señor quiere de ellos y marchan tras esa voluntad. Podríamos decir que se trata de «*vocaciones impuestas por Dios*», no en el sentido que el hombre no sea libre de rechazarlas, sino en un sentido que el Señor no lanza sólo una invitación, sino un llamamiento categórico.

Otras veces, la voluntad divina se manifiesta por el análisis de las aptitudes de que Dios ha dotado al joven en vías de elegir. Mi Padre Dios, ¿para qué me ha dotado? ¿Qué armas me ha entregado? Es indiscutible que si tengo dificultades serias para los estudios abstractos, poseo un buen indicio de que Dios no me quiere en la Universidad; si carezco en absoluto de facilidad matemática, no deberé soñar en ser ingeniero; si no tengo gusto artístico, no deberé pensar más

en la Arquitectura, ni un cojo en ser esquiador, o un sordo músico. Mis aptitudes, por tanto, que me han sido dadas por Dios limitan enormemente el campo de mis posibilidades, excluyen determinadas carreras y modos de vida e incluso me muestran con frecuencia mi camino en forma positiva. Porque si del análisis de mis cualidades descubro una capacidad extraordinaria en determinado sentido, puede discernir en esa facilidad una voluntad divina de que cultive el don que me ha sido dado y marche por el camino más propicio para eso. Y eso es claro: si el gobierno me entrega un acorazado no será para que pretenda navegar por el río Mapocho, o si me ofrece una ametralladora no será para que vaya a matar zorzales.

Cuando Dios da a un joven aptitud y habilidad para cosas excelsas, es indudable que le llama a algo grande, como cuando su capacidad, su horizonte es estrecho, indiscutiblemente no debe pretender lanzarse a trabajos que superen sus dotes personales.

Reflexionen seriamente aquellos jóvenes que con toda humildad, pero con toda verdad descubren en sí huellas más profundas del paso de Dios por sus vidas: sus grandes aptitudes, su sentido social, su espíritu apostólico, su capacidad de arrastre y de organización, su facilidad para la propaganda oral y escrita, su don de simpatía, su espíritu de recogimiento, su especial facilidad para orar y sumergirse en lo divino... son dones de Dios, que no les han sido dados para que se recreen vanidosamente en ellos, ni para captar aplausos, ni como medios de surgir orgullosamente, sino como poderosas herramientas de acción, dadas en beneficio de la comunidad, que un cristiano se llama Cuerpo Místico de Cristo.

Esas cualidades quien las ha recibido tienen obligación de usarlas en el sentido que Jesús nos propone en la parábola de los talentos. El que recibió dotación como diez, tiene que pensar que ha de tomar un camino que responda a esa perfección como diez, que ha recibido para poder rendir otros diez; el que ha recibido cinco, debe aceptar un sitio en la vida que le permita rendir como cinco, el que dos, como dos. El que recibió capacidad como uno y cobardemente escogió en la vida un sitio en que ese uno no podía rendir otro uno, oyó de labios de Cristo esa terrible sentencia de condenación por no haber hecho fructificar las gracias recibidas.

¡Cuántos por desgracia son los jóvenes que han recibido como diez y obran egoístamente como el que recibió uno y enterró su talento! Esos son los que pecan contra la luz y contra la caridad, el supremo mandamiento del cristiano que nos obliga a poner al servicio de nuestros prójimos todo lo que Dios nos ha dado para ellos.

Esta consideración golpea fuertemente a quienes tratan con jóvenes. Vemos con frecuencia a muchachos dotados maravillosamente, que por culpa propia de sus

padres renuncian a explotar estas cualidades y se embarcan en empresas minúsculas en su sentido divino y aun humano. Sus trabajos no tienen otra perspectiva que la de ofrecerles dinero, mucho dinero, que después les traerá confort y les permitirá arrellanarse cómodamente en la vida. ¡Egoístas, duros de corazón! Entierran sus aspiraciones en una cartera repleta de billetes... Pasó su vida. ¿Qué hicieron esos jóvenes de quienes había derecho a esperar tanto? Consumieron inútilmente sus vidas. En la horrenda crisis moral actual entristece y subleva este sentido egoísta, esta huida de la lucha que amenaza sobre todo a quienes por haber recibido más abundancia de medios ignoran lo que es el dolor. Los que lo han recibido todo hecho desconocen totalmente las alegrías profundas del renunciamiento y del sacrificio.

Una inyección de idealismo y de valores desinteresados, de altruismo y de amor humano y sobrenatural es una de las más urgentes necesidades de la juventud de nuestra época, para que pueda encontrar su camino en la vida.

6. ¿A QUÉ TE INCLINAS?

Puede servirte para conocer tu carrera el estudio de tus inclinaciones superiores cuando éstas son profundas y constantes.

La inclinación a algo hace más fácil su realización, y puede con frecuencia considerarse como una señal de llamamiento divino: «*Con gran reverencia nos gobiernas, oh Señor*», dice el Profeta, experto en el conocimiento de los caminos del Altísimo.

No toda inclinación, sin embargo, es señal de una vocación, pues hay en el hombre tendencias muy diferentes: inclinaciones al bien e inclinaciones al mal; fuerzas que nos invitan a la perfección y otras que nos empujan al egoísmo, a la pereza y aun al vicio. ¿Cómo podrían estas inclinaciones significarles la voluntad divina? Por tanto, sólo aquellas inclinaciones superiores que encauzan nuestras mejores cualidades son las que pueden ayudarnos a conocer nuestra Carrera.

Estas inclinaciones, para ser tomadas en serio, han de ser también constantes, permanentes, no caprichos pasajeros, ni sentimentalismos momentáneos.

Una inclinación, para ser constante, ha de estar basada en la íntima convicción del individuo. Hay inclinaciones totalmente desarraigadas de convicciones; inclinaciones que se tienen únicamente «porque sí», «porque me gusta», «porque tengo gana», porque aquello es tan novedoso, tan atrayente, tan interesante... Estas convicciones no pueden durar como no puede durar ninguna inclinación puramente sentimental, sin arraigo en la inteligencia. Los sentimientos son más volubles que el tiempo que tan pronto está lluvioso como

ardiente; ya tenemos un día encapotado, o un hermoso azul primaveral. Por tanto, las inclinaciones que nos pueden servir de guía han de tener profundo arraigo intelectual, han de estar siempre controladas por la razón, iluminadas por la fe.

Una auténtica inclinación admite todavía una gran variedad de matices en lo que a su aspecto intelectual y emotivo se refiere. Inclinaciones hay en que el sentimiento parece estar totalmente ausente, y predomina la visión serena de la inteligencia de un bien determinado. Otras hay en cambio que inclinan y arrastran al ser entero: a la inteligencia, a la voluntad y a la sensibilidad, que en algunos casos llega a transformarse en verdadera pasión. Si esto último existe hacia un camino bueno, ¡tanto mejor! Más natural y más fácil nos será descubrir y seguir nuestra ruta en la vida. Pero no es raro que el hombre tienda en algunos casos hacia una manera de vivir, únicamente con sus potencias superiores, mientras repugnan positivamente sus apetitos inferiores. En estos casos, ¿tendrán aún algún valor nuestras inclinaciones para descubrir nuestra carrera? Sí; ciertamente.

Fácilmente es de emprender que tales repugnancias no nacen de la ausencia de una verdadera tendencia de la parte superior, sino de las dificultades que ofrece la sensibilidad que presiente lo que tendrá que sufrir.

Una vocación a la vida religiosa, al sacerdocio, a las misiones, al servicio social, al ejército, a aceptar un puesto oscuro y sacrificado es normal que despierte hondas resistencias de nuestros apetitos inferiores. Más aún, si no se despiertan en algún momento estas resistencias, es muy de tomar que el joven en cuestión no haya meditado seriamente el paso que va a dar. ¿Cómo no temblar ante la renunciación de tantos bienes incompatibles con la carrera que se va a seguir, ante la incertidumbre de su perseverancia en ella, ante la debilidad de sus fuerzas y la grandeza de la obra que piensa acometer? La inteligencia y la voluntad apoyándose en la fe, terminan por sobreponerse, pero no logran ahogar las voces inferiores de nuestro ser.

Es raro encontrar la vida de un santo, o de un hombre que haya realizado una empresa grande y generosa en la que no se encuentren estas luchas. Ellas no prueban pequeñez de espíritu sino, al contrario, una inmensa grandeza de alma que se demuestra en la victoria contra algo tan íntimo al propio individuo como son sus sentimientos y pasiones.

Estas repugnancias sólo debemos tomarlas en cuenta para alejarnos de un camino que entrevemos el mejor, cuando son tan violentas que no dan esperanza alguna de ser superadas; o al menos van a exigir un desgaste tal de energías en combatir las, que nos hacen prever que el joven va a consumir en la lucha la mayor parte de sus fuerzas, viviendo en un permanente reajuste de sus

potencias. La lucha no nos debe espantar, sino sólo la lucha desproporcionada y estéril. Antes de declararnos en retirada no dejemos de meditar las fuerzas que da la gracia al que en ella confía: « *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*»; ni dejemos tampoco de consultar nuestro caso con personas imparciales y de experiencia.

En estos casos con más urgencia aún que en otros, conviene que el joven no esté solo en la batalla, si no apoyado por un director espiritual experto y comprensivo a quien tenga toda su alma descubierta. Es una peligrosa tentación la de querer batirse solo en estas dificultades que ordinariamente encuentran al joven desprevenido, desorientado sin conocer su importancia, sus peligros y los medios de vencerlas. Con toda humildad y hombría acuda, por tanto, el joven a su director y hágale conocer las vicisitudes de su espíritu y entréguese en sus manos con espíritu de fe. Con mucho cuidado ha de proceder un joven en la búsqueda de su director espiritual, pero una vez hallado séale fiel, déjese de andar buscando nuevas opiniones y tenga cuidado que su alma entera le sea patente con todas sus aspiraciones y repugnancias.

Estas batallas del espíritu son muy conocidas de los maestros de almas; han sido cuidadosamente descritas desde hace centenares de años. San Ignacio entre otros, nos ha dejado un tratado maravilloso de « *Discreción de espíritus* », en que nos señala con admirable precisión las líneas generales de estos combates, comunes a todos los que quieren embarcarse en una empresa generosa.

A ratos se nubla completamente el horizonte. Un estado de abandono, de tristeza, de depresión, se apodera del alma. Le parece a ésta que sus esfuerzos son sin sentido alguno, que su sacrificio es estéril, hasta la misma fe se oscurece, cree estar en el vacío. Las verdades que ha creído, ¿no serán una gran ilusión?, ¿Habrà algo más allá que compense su sacrificio? ¿Podrá él soportar su desmedro la rudeza de la nueva vida que va a emprender? San Ignacio, que describió maravillosamente estos estados de alma, los conocía por experiencia: cuando comenzó su camino de perfección, entre otras muchas tentaciones oía en su interior una voz demoníaca que le decía: « *¿Cómo podrás, Ignacio, soportar este camino durante 70 años que aún te quedan de vida?* »

Estas experiencias dolorosas son tanto más duras cuanto que suelen venir después de una alegría desbordante de una plácida felicidad que sigue a la primera decisión de darse a una causa grande. El joven inexperto en los caminos del espíritu toma esta felicidad como una tierra conquistada, cree poder construir en ella una habitación permanente, se siente absolutamente seguro de sí y levanta planes audaces y quiméricos... Su espanto es inmenso cuando en un abrir y cerrar de ojos sin saber cómo ni porqué se encontró mudado totalmente y con aspiraciones tan diferentes. Anticipándose a estas crisis, el Director prudente frenará sus primeras resoluciones generosas, le hará entrever las

dificultades, le dará algún tiempo para que madure en su espíritu el propósito tomado. Este madurar la resolución hará que no prevalezca el aspecto sentimental y emotivo, se arraigue la convicción honda y sobrenatural que es la única capaz de resistir las emociones alternas que se estrellarán en contra de él.

Una vez que se presentan las primeras dificultades, habrá de mantener su ánimo, y alentarse con la esperanza de la victoria próxima. Después de los temporales sale el sol que brillará sobre un azul tanto más sereno y más intenso cuanto más violenta haya sido la batalla.

En esos días en que se oscurece el horizonte de la fe, debe el joven aprender a obrar como los expertos marinos que cuando se ven sorprendidos por densos nublados no echan marcha atrás sino que avanzan más lentamente, pero avanzan, o sino al menos se paran y pitan. Pararse, detenerse, no cambiar los propósitos y pitar; esto es orar, orar mucho, y tener fe, ¡pronto saldrá el sol!, Y así es en verdad.

San Ignacio nos enseña en tales casos de desolación no mudar los propósitos hechos en la consolación, sino insistir varonilmente en ellos, o bien mudarlos contra la misma desolación haciendo nuevos avances generosos a Nuestro Señor. Así lo hizo él en la lucha que hemos mencionado, insistiendo en la permanente oración y ayuno que Dios premió, con una paz de alma tan intensa que con frecuencia después afirmaba que si se perdieran todos los libros que contienen las verdades de la fe, no dudaría de esas mismas verdades por la ley interior que sentía en su alma.

Otras veces son pasiones carnales las que se enfrentan contra una resolución generosa: la austeridad de la vida que se ve en perspectiva, la falta de los placeres a que se ha estado habituado. Así, San Agustín, cuando luchaba penosamente en su alma por iniciar una vida cristiana veía en su mente todos los antiguos deleites de la carne en que había vivido durante largos años y le parecía oír voces: «¡Cómo!, ¿nos vas a dejar? ¿Vivirás sin nosotras? ¡No serás capaz de seguir ese camino!»

El ejemplo de Agustín es una útil experiencia para quienes sientan en sí esta lucha, pues con la gracia de Dios cortó con esa vida y cortó totalmente, llegando a ser un gran santo, y lo que es más, deshizo todos los vínculos humanos. Su madre que conocía sus largas y antiguas debilidades pensó tan pronto se convirtió en buscarle una compañera a la cual se uniera en matrimonio para garantizar la tranquilidad de su hijo, pero éste resistió firmemente, se abrazó con la castidad, y el que había vivido largos años en el pecado, vivió hasta una prolongada edad en perfecta castidad. La Iglesia apellida a San Agustín, «*Doctor de la gracia*», porque en realidad ningún otro dogma exaltó tanto el Pecador convertido como el de la gracia, cuya totalidad omnipotente él experimentaba

cada día en su carne y en su espíritu transformados.

Ante estos embates, los apocados se retiran temerosos, los valientes caballeros de la cruz saben que ellos solos no pueden nada, porque «todo lo pueden en Cristo que les reconforta». Aceptan la pelea y son coronados por el triunfo. Joven que lees estas líneas, si alguna vez en tu vida recibes un llamamiento a algo grande y generoso, apróntate para la lucha y regocíjate de antemano con la victoria. No será coronado sino el que pelee valientemente... El Reino de los cielos padece violencia y sólo los esforzados lo arrebatan... El que ama su alma la perderá, pero aquel que la perdiere por Mí la hallará... El grano de trigo si no muere, queda solo y estéril, si muere da fruto en abundancia... Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros, pues no es el discípulo más que su Maestro... ¿Comprendes esta lección? ¡No vaciles! ¡Pelea valientemente por seguir el llamamiento de Cristo!

7. SI AÚN NO VES CLARO, ¡REFLEXIONA!

Has analizado las luces recibidas del Señor, las aptitudes que Él te ha dado, las inclinaciones profundas y superiores de tu ser, pero aún no ves claro. ¿Qué hacer? Acógete a la reflexión serena y tranquila ante los ojos de Dios.

Escoge un tiempo, un día en que tengas paz, o una temporada de descanso y serenidad, o unos ejercicios espirituales. Es necesario que estés tranquilo, dueño de ti: esto es indispensable, para que seas tú, tu yo superior el que escoja.

Te servirá como de camino para llegar a la verdad de tu razón que es una luz divina depositada en tu ser. Es la reina de tus facultades, inmensamente superior en seguridad al sentimiento; es la que te eleva hasta Dios, la que te permite discernir entre el bien y el mal, la que nunca debería estar ausente de ninguna deliberación importante de tu vida, incluso si has escogido por alguno de los otros caminos que te indiqué; procura también controlar tu elección por el método que ahora te voy a indicar.

Pero la razón no va a pesar honras y deleites; pesos más, pesos menos; jubilaciones más o menos rápidas, ascensos más o menos seguros: si estas consideraciones entran también en juego, entrarán en un lugar muy secundario. San Ignacio te da un consejo inicial antes de que te sumas en la reflexión: ¡que tu ojo sea simple!, esto es, que mires tu elección como un medio de realizar el fin de tu vida; alabar a Dios Nuestro Señor y salvar tu alma.

¡Simple, pura intención! Difícil, difícilísima tarea: muévete ordenadamente por sólo tú fin, no por otras razones secundarias, cualesquiera que ellas sean. He ahí el hombre que se posee plenamente, aquel que logra ponerse serena y

tranquilamente ante su fin; y ante él examina los medios como medios, caminos para ir al fin, pero que jamás convierte los medios en fin. Razón única para tomar un camino o privarme de él: *«el solo servicio de Dios Nuestro Señor y la salud eterna de mi alma»*.

San Ignacio, recto ante Dios como una espada, insiste una y otra vez, en este punto: Mira joven que aquel amor que te mueva a hacer o elegir algo *«desciende de arriba del amor de Dios»*, de manera que al elegir un camino de vida, te das cuenta que lo eliges *«sólo por tu Criador y Señor»*. Solamente por Dios... estas palabras no están vaciadas de sentido para San Ignacio, encierran para él y para los que empapa de su espíritu una realidad que no es exageración ni palabra hueca sino la primera y fundamental orientación para hacer *«sana y buena elección»*. Todo el libro de los ejercicios que él escribió ahí se orienta: a una sana y buena elección, a que pueda el hombre ordenarse en la vida *«sin determinarse por afección alguna que desordenada sea»*.

Claro está que no es frecuente encontrar hombres capaces de tomar la vida con esa integridad: muchos porque no tienen capacidad siquiera para proponerse el problema en toda su fuerza, otros porque están de tal manera arraigados en lo sensible, en lo temporal, en los valores humanos, que están como ciegos a una luz sobrenatural tan pura, o como sordos para oír una voz divina tan suave. Estos son los que el mismo San Ignacio dice que *«no tienen mucho subiecto»*, a los cuales no se pretenda siquiera proponerles este problema de elecciones, porque no lo comprenderán.

Siempre, felizmente, hay en el mundo hombres bien dotados, de alma grande y generosa que son los que dan el sabor a la vida y dispuestos a proceder con una verdad total, de esos que en ninguna forma quieren *«pecar contra la luz»*, que en todo lo posible desean aprovechar, que son muy honrados con Dios y consigo mismo hasta el fin. Uno de éstos vale más para la Iglesia, para la Patria y para la sociedad que mil mediocres. *«El mundo vive por pocos»*.

Supuesta esa rectitud de espíritu inicial ¿qué hará nuestro joven? Se propondrá su problema bien en concreto: *«qué camino voy a seguir en la vida»*, dentro de aquellos que le ofrecen duda seria, que ordinariamente no serán más de dos o tres posibilidades. Deslindar por tanto cuidadosamente el terreno de la elección.

En seguida: *«Es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios Nuestro Señor, y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente, sin afección alguna desordenada; de manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta que a dejarla, ni más a dejarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios Nuestro Señor y salvación de mi ánima»*. La norma es bien clara.

Luego pediré a Nuestro Señor *«quiera mover mi voluntad y poner en mi ánimo lo que sea de su mayor gloria, y discurriré con mi entendimiento eligiendo conforme a su santísima y beneplácito voluntad»*. Para esto raciocinaré cuantas ventajas se me siguen de abrazar uno de aquellos caminos, y cuántas desventajas; cuántos provechos de no seguir ese camino y cuántos inconvenientes al abandonarlo, pero todo esto ante *«la sola alabanza de Dios Nuestro Señor y salud de mi ánimo»*.

«Después que así he discurrido y raciocinado a todas partes sobre la cosa propuesta, mirar donde más la razón se inclina; y así según la mayor noción racional, y no noción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propósita».

Finalmente,

«hecha la tal elección o deliberación, debe ir la persona que tal ha hecho con mucha diligencia a la oración delante de Dios Nuestro Señor, y ofrecerle la tal elección, para que su Divina Majestad la quiera recibir y confirmar siendo su mayor servicio y alabanza».

¡Qué sublime resulta esta actitud de alma que San Ignacio aconseja a todo joven que quiere elegir! Y al mismo tiempo ¡qué segura! El sentimiento, los afectos intervienen sí, pero controlados por la razón, y ésta sublimada por la fe y coronada por la caridad. La razón última de obrar es mi fin, mi fin último, la gran realidad de la vida, la realidad eterna ante la cual las otras realidades del tiempo, brillantes y sonoras, sólo son como una apariencia. Pues ¿qué comparación tiene el tiempo con la eternidad? ¿Cómo pueden comportarse el Creador y la criatura? ¿Lo que siempre ha sido y es por sí mismo, con aquello que es lo que es por virtud de Dios? Esta realidad última, maciza, es la norma y criterio de elegir.

Frente a esa norma me sitúo yo, este yo bien concreto con todo mi equipo de cualidades, aspiraciones, sentimientos, tendencias que Dios ha puesto en mí para que lo glorifiquen en un sitio que no es el mismo para todos. Frente a Dios va a hacer su elección este yo que ha vivido ya ciertos años en la vida y ha contraído virtudes y defectos, ha arraigado en su alma costumbres y afectos, está rodeado de tales y cuales personas, se abren ante sí tales y tales expectativas. Este yo que vive en un momento dado de la historia de su familia, de su patria, del mundo, agitado por tales y cuales necesidades algunas de las cuales son más imperiosas que otras, necesidades unas de orden temporal, otras de alcance eterno. Este yo, consciente de su responsabilidad inmensa, consciente de que su vida se vive sólo una vez, consciente de su deuda total con Dios procurará conocer el camino en que Dios quiere que actúe los cortos años que recorrerá este mundo, antes de realizar su eterna unión con su Padre y Creador.

Iluminado en forma insensible pero real por el Espíritu Santo iniciará su estudio tranquilo. Útil le será escribir... puede aún si le ayuda, materializar este trabajo consignando en un cuaderno sus resultados para mejor controlarlos en momentos sucesivos. Puede sencillamente escribir a cuatro columnas.

- 1ª) Ventajas para mí de ser ingeniero, por ejemplo;
- 2ª) Desventajas de ser ingeniero;
- 3ª) Ventajas de no ser ingeniero;
- 4ª) Desventajas de no ser ingeniero.

Este análisis le permitirá conocer mejor todos los aspectos objetivos y subjetivos del problema.

Entre las ventajas o desventajas han de figurar en primer lugar las posibilidades que me ofrece cada camino para mi perfección individual y mi apostolado. ¿En qué carrera me santificaré más?, esto es, alejaré más la posibilidad del pecado y expansionaré más mi mejor yo por la práctica de las virtudes. ¿En qué carrera, yo en concreto, haré un bien más extenso, más profundo, más sobrenatural y más humano? ¿En qué carrera tendré una influencia más honda y duradera sobre las almas?

Si aún no acaba de ver clara su solución puede proponerse el problema de esta otra forma. ¿Qué haría Cristo en mi lugar? ¿Qué escogería Cristo si tuviese mi edad y se encuentra en idéntica situación a la que yo me encuentro? ¿Qué me aconseja Él hacer a mí? Recorra suavemente la vida del Maestro, sus enseñanzas, sus preceptos y sus consejos, véalo obrar en medio de sus discípulos y de la turba, capte sus ideales ardientes de gloria de Dios y salvación de las almas. Míreme después a mi que marchó a su lado y lleno de un ardiente amor le diré: ¿Qué quieres Señor que haga? ¿Qué harías tú, tú que eres mi Camino, mi Verdad, mi Vida?

No veo aún claramente... Tal vez es porque se trata de un problema mío. Quizás si en lugar de resolver un problema personal resolviera yo un problema análogo pero ajeno, de un amigo mío muy querido que viene a consultarme su caso, un caso igual al mío, pero que no se realiza en mí, sino en él. Eso sí, yo deseo sinceramente «*toda su perfección*».

Considerar lo que yo le diría que hiciese, y eligiese para mayor gloria de Dios Nuestro Señor y mayor perfección de su ánima». Déle mi consejo: tengo que zanzar un asunto, que ya ha sido muy pensado, Él me pide sencillamente que corte el nudo, que le resuelva su caso... ¿Qué le diría? Aplíqueme a mí, llanamente, el consejo que a él le he dado.

Aún otro expediente te sugiere San Ignacio, joven que escoges. Imagínate que estás terminando tu vida, a punto ya de morir. La comedia de aquí va a terminar

y va a comenzar la otra vida, la verdadera, la definitiva, la eterna. Vas a presentarte a Cristo tu Juez, que te va a pedir cuenta de tus talentos, de las gracias que te dio. ¿Cómo quisieras presentarte ante Él? ¿Qué camino quisieras haber seguido el día de tu muerte? Honradamente ¿qué uso quisieras entonces haber hecho de tu vida? Durante la eternidad ¿qué carrera piensas será para ti una satisfacción el haberla seguido? Hasta dónde eres capaz ahora de verlo, piénsalo. No olvides que se trata del uso no «*de la vida*», sino «*de tu vida*» bien concreta.

En todo caso esta elección aunque se resuelva claramente, con mayor razón si se complica, consúltala con tu Director Espiritual. Nadie más desinteresado que él que no mira sino el bien de tu alma; y pocas personas mas preparadas, si lo has escogido bien. Él tiene experiencia de la vida, conoce el camino; ha ayudado ya a muchos en igual problema; tiene gracia de Dios especial para iluminarte.

Ha terminado, mi querido joven, tu trabajo. Ha sido largo, penoso... Quizás te quitó el sueño, el apetito; durante algunos días estabas como ido, parecías vivir en otro mundo. Has sufrido en esta elección, pero no te arrepientas de haberte propuesto el problema: has obrado como un hombre en esta época en que los hombres están tan escasos; has obrado como un cristiano, y acuérdate que el cristiano es milicia de valientes... Has dado a luz un apóstol, un convencido, quizás un santo... Todo trabajo es poco. Los grandes hombres han meditado durante largos años sus planes. Los estadistas atraviesan los mares, se reúnen durante días y días asesorados por sus generales para planear una batalla... Los comerciantes nombran comisiones técnicas para tratar de ganar unos pesos... Tú ¿qué será la razón que hagas para conocer el uso de tu vida? No te arrepientas de haber trabajado; tienes derecho a estar contento y tranquilo.

Y ahora que has puesto de tu parte cuanto has podido por asegurarte una buena elección, no temas. ¡Dios está contigo! ¡Adelante! Al que hace cuanto está de su parte por conocer la voluntad del Señor, Él no le niega su gracia. Si vienen pruebas puedes tener en tu corazón la profunda alegría de que no has entrado en un camino siguiendo tu capricho, sino porque has creído obedecer la voz de tu conciencia que te revelaba la de tu Criador y Padre. «*El varón obediente cantará victorias*» Tú has obedecido a la voz del Señor. No temas. ¡Dios está contigo!

†

¡Ave María y adelante!